

RESUMEN DE LA CORZA BLANCA

En el corazón de Aragón, en el lejano siglo XIV, residía Don Dionís, un noble caballero curtido en las batallas contra los infieles. Tras años de servicio a su rey, buscaba la tranquilidad en su aislado castillo, dedicando sus días a la caza en los frondosos bosques que lo rodeaban. Su fiel compañera en estas aventuras cinegéticas era su hija Constanza, una joven de extraordinaria belleza, apodada "Azucena" por su piel nívea y su delicado aspecto.

Un caluroso día de verano, padre e hija se refugiaron del sol abrasador en una verde cañada, donde se encontraron con un joven pastor llamado Esteban. El muchacho, con los ojos desorbitados y la voz temblorosa, les contó una extraña historia: aseguraba haber escuchado a los ciervos del bosque burlarse de él con voces humanas y haber visto a una misteriosa corza blanca, de pelaje immaculado, liderando la manada. Don Dionís y Constanza, acostumbrados a las historias fantásticas de los campesinos, no dieron mayor importancia al relato del joven, atribuyéndole a su imaginación. Sin embargo, las palabras de Esteban quedaron resonando en la mente de uno de los monteros de Don Dionís, un joven llamado Garcés, quien albergaba un amor secreto por la bella Constanza.

Garcés, con la esperanza de impresionar a su amada y demostrar su valentía, decidió ir en busca de la enigmática corza blanca. A pesar de las burlas de Constanza y los demás, se adentró en la espesura del bosque al caer la noche, armado con su ballesta y guiado por la tenue luz de la luna. Tras horas de búsqueda, llegó a la cañada donde Esteban había visto a la corza. Rendido por el cansancio, Garcés se quedó dormido bajo la sombra de un árbol. Al despertar, percibió misteriosos cantos y susurros que parecían provenir del corazón del bosque. Siguiendo los sonidos, llegó a la orilla del río, donde presencié una escena sobrenatural: un grupo de corzas, encabezadas por la corza blanca, se acercaban a la orilla. Ante sus ojos atónitos, las corzas se transformaron en bellísimas mujeres que se bañaban y reían en las aguas cristalinas. Entre ellas, reconoció con asombro a su amada Constanza.

Los celos y la sorpresa se apoderaron de Garcés. Cegado por la pasión y sin pensar en las consecuencias, se abalanzó hacia las mujeres, gritando y rompiendo el encanto. Las mujeres, al verse descubiertas, se transformaron de nuevo en corzas y huyeron despavoridas hacia lo más profundo del bosque. Garcés, obsesionado con la corza blanca, tensó su ballesta y disparó una flecha con la intención de capturarla. La flecha surcó el aire nocturno y se clavó en el lomo de la corza blanca, que cayó al suelo con un lamento lastimero. Al acercarse, Garcés descubrió con horror que la corza blanca no era otra que Constanza, que yacía agonizante en el suelo, con la flecha atravesando su corazón. El joven montero, arrepentido y desesperado, tomó a su amada en brazos, pero ya era demasiado tarde. Constanza murió susurrando el nombre de su padre, mientras Garcés lloraba amargamente su fatal error. La obsesión por la corza blanca le había arrebatado a su amada, dejándolo sumido en la más profunda desesperación.

